



El conjunto y la sistematicidad de todos estos hechos convierten en víctima prácticamente a la totalidad de la población. Hacen de cada habitante de Ciudad Juárez un potencial objeto del ataque directo a su persona, dignidad o patrimonio, y en la práctica lo sujetan a un —por llamarlo de algún modo— “proceso de producción social del delito”. Los individuos, su conciencia y voluntad, son la entidad que pretenden controlar quienes, de manera organizada o desarticulada, han echado a funcionar la maquinaria del terror. Alrededor de un supuesto o real conflicto entre grupos o redes criminales rivales, o entre éstos y las fuerzas del Estado, la meta de esa maquinaria es la subordinación de la sociedad. Imponerle a la población nuevas reglas, mantenerla inmovilizada, aislada, desconfiada y escéptica de la acción pública y colectiva a favor de la convivencia sin temor y de las garantías individuales. De esa manera los grupos o individuos (¿narcos, consumidores de drogas pobres y desesperados, jóvenes pandilleros, ladrones de oportunidad, extorsionadores profesionales, paramilitares, policías, soldados, delincuentes de cuello blanco insertos en el gobierno y grandes empresas?) que participan de esa maquinaria, reproducen y profundizan el desorden social del que emergieron. Y se genera así un nuevo desorden que, en virtud de la ineficacia del Estado para garantizar la seguridad y la justicia (sino es que debido a la acción y complicidad de agentes que operan dentro y a través del Estado), ha hecho crecer la desigualdad y la oportunidad para que las redes criminales amplíen la escala de sus operaciones.

\* Estudiante del Doctorado en Ciencias Sociales de la UACJ.

Cabe ahora preguntarse si esta circunstancia “atípica” es un fenómeno temporal o el inicio de la nueva reali-

dad de los años venideros; una realidad que muy bien podría corresponder con la visión del “nuevo imperialismo” de David Harvey, quien nos advierte del surgimiento de una nueva fase de desarrollo del capitalismo en que se rompen los anteriores equilibrios sociales; retornan las viejas formas de acumulación basadas en la violencia y el despojo; se prescinde de las mediaciones que el Estado asumía; y proliferan Estados nacionales debilitados en lo político y lo social, pero fortificados en lo militar.

## La violencia en Tijuana: circo, maroma y teatro

Gerardo Medrano\*

Este día planeé un recorrido por la Zona Norte de Tijuana. *La zona*, como se le conoce a esta parte de la ciudad, siempre *caliente*. La ilegalidad, lo prohibido es su *ethos*. Es un territorio conflictivo, donde múltiples actividades ilustran su bien ganada fama: negociaciones entre aspirantes a cruzar de manera ilegal hacia los Estados Unidos, o *pollos*, *coyotes*, *sexo-servidoras*, vendedores de piratería, adictos, deportados, indigentes y un largo etcé-

tera. Estos personajes se presentan como las figuras principales en escena. Mientras me dirijo al Callejón Z, transito por la Avenida Revolución. La mundialmente famosa avenida que albergaba a miles de turistas en la que antaño fuera la frontera más visitada del mundo. Hoy luce desolada, desierta. Su atractivo se ha visto reducido a una infinita variedad de farmacias y veterinarias. Sus famosos *burros cebras* lucen famélicos, reflejo de una crisis, una crisis palpable.

Los *pick ups* de la policía municipal se desplazan en caravanas de tres vehículos. En la parte trasera viajan dos oficiales, con rostros ocultos tras pasamontañas, con rifles de asalto y posición defensiva por si algún ataque. Su entrenamiento y postura es lo que les otorga legitimidad que demarca su identidad, lo que genera el abismo entre los dominantes y dominados. Con espléndida prepotencia, los vehículos transitan por cruceros a alta velocidad, se pasan semáforos en luz roja alertando y advirtiendo, con las torretas y *sirenas* encendidas, sobre su presencia a transeúntes, automovilistas, comerciantes, vendedores y compradores de drogas y uno que otro aprendiz de investigador, como es mi caso. —*Alguna emergencia o advertencia habrán reci-*

*bido por parte de sus superiores—; interprétese superiores, como jefes inmediatos dentro de la corporación policiaca o crimen organizado. La situación que se vive en Tijuana y el resto del país amerita pensar de esta manera. Uno no sabe quiénes son *los buenos*.*

El ambiente de la *zona* cambia de repente con la llegada de un vendedor de *crystal* o *ice*. Y una gran cantidad de personas dejan de realizar sus actividades que aparentemente llevaban a cabo, se aglomeran en torno al *pusher* o *conecta*, mientras grita “¡Fórmense!” Un individuo pide: “pásame dos carnal, ya tengo rato esperando”, mientras extiende un billete de cien pesos como tratando de garantizar y validar su argumento. El vendedor responde: “¡Aguanta, ése!”, a la vez que voltea de un lado a otro, *tirando la cazadora*, observando a sus *puntos* o *aguadores*. Cuando se asegura que todo está bien, saca de entre sus ropas paquetes de regular tamaño y en el interior se visualizan diversos envoltorios o *globitos* de color verde. Así inicia la *vendimia*.

—¿Qué ondas, loco? ¿Cómo está todo? — pregunto.

—Todo tranquilo —responde el vendedor, mientras sigue con la venta de droga. Siempre anticipando cualquier posible eventualidad para poder reaccionar de la manera más efectiva.

—Es un trabajo como cualquier otro —continúa— pero aquí la arriesgas más. ¿Sí me entiendes? ¡Que te bajen! ¡Que te quemen! ¡Que salgas corto con la feria! ¡O que se les duerma a los aguadores y te apañen! Ahí lo único gacho son las putizas, pero de ahí en fuera siempre he desafinado. Pero esos *weyes* ya han de saber que vendo porque ya van varias veces que me madrean. Los feos son los del desmadre, porque los municipales aquí no cagan el palo. Quieren que les ponga al bueno, pero nunca me





han agarrado nada. Hacen llamadas y cuanta madre y media. ¡Puro pancho! A veces pienso que te los mandan los mismos buenos, para ver si eres de fiar. No digo que sea cierto o no, pero en este jale no te puedes confiar de nadie, negocios son negocios y yo sólo soy un trabajador.

De ahí me dirijo hacia otro punto de venta, en este caso de heroína. En la zona existen diferentes *tienditas*. Al igual se puede observar, en las calles aledañas al punto de venta, a una gran cantidad de individuos preparando su dosis, inyectándose o intercambiando jeringuillas. Algunos deambulan por las calles empujando un carrito de supermercado o una carriola llenos de chácharas y cualquier variedad de objetos que se puedan transear. Al primer individuo que reconozco es al Cachetón. Se encuentra recostado, con una jeringa clavada en el brazo la cual se nota y sobresale, al interior de la misma, el color café oscuro de la dosis ya preparada y lista. Aunque su rostro y movimientos indiquen que ya está bien *arreglado* nunca una dosis será suficiente para saciar el apetito de la *loquera*

—¿Qué ondas, Cachetón? ¿Qué tranza? Andas armado y con tiro arriba —le digo, refiriéndome a la dosis preparada dentro de la jeringuilla...

—¿Qué ondas contigo? —me responde. Suelta la jeringuilla, la deja clavada en su brazo, y extiende su mano derecha para poder saludarme.

En el mundo de la heroína, el interrumpir el proceso de inyección para saludar a otro, es muestra de atención y respeto del consumidor. El Cachetón estaba *curado* y eso permitió no ser presa de la ansiedad y desesperación a la que se ven sometidos los consumidores cuando están *malillas* o bajo el síndrome de abstinencia. Sigo mi camino y

escucho, muy cerca, sirenas de los vehículos policiacos. “Son los municipales”, gritan cerca de allí. Se escucha un oficial a través del altavoz: “Abril y mayo mugrosos, que orita damos la vuelta”. Todos se apresuran a recoger sus pertenencias, terminar de *curarse*, para *desafanar* de ahí lo antes posible. Regreso con El Cachetón y le pregunto:

—¿Qué ondas, de qué se trata?

—Es el operativo. Nomás que de vez en cuando nos avisan estos batos... A lo mejor ya se aburrieron de llegar y agarrar a todos en bola y cubrir la cuota que les piden, es más emocionante andar de cacería. Pero una cosa sí sé, ahí te guacho mi'jo, yo voy tendido porque si no me toca marchar... al rato.

Sobre los operativos en la Zona Norte hechos por la policía municipal existe entre los consumidores de heroína *el rumor* de que se realizan de manera sistemática y calculada. Los operativos son de manera permanente y periódica, cada doce, veinticuatro y treinta y seis horas, porque corresponde a los periodos de tiempo que los jueces calificadores otorgan a los infractores. Treinta y seis horas es el tiempo máximo que se le puede otorgar a un infractor. A la estancia municipal de infractores se

le conoce como *la treinta y seis*. *La veinte* es el otro nombre con el cual se le conoce a la Estancia Municipal de Infractores, esto debido a su ubicación geográfica, ya que se encuentra en la colonia Veinte de Noviembre. Si las celdas de *la veinte* están vacías, los policías municipales reciben la orden de llenarlas. De pronto, todo luce vacío, me he quedado solo. No muy lejos de ahí observo a un individuo que está sentado sobre la acera, a unos cien metros de *la conecta*. Me dirijo hacia él, con algo de suerte y tendré más información. Al llegar a su lado, saco la cajetilla de cigarros y pregunto si trae *lumbre* para poder encender un cigarro. Asiente con la cabeza mientras busca en los bolsillos de su pantalón, saca un encendedor y lo acerca. Prendo el cigarro, agradezco su atención y pregunto si desea uno.

—¿Me puedo sentar aquí? —le pregunto, mientras señalo un espacio, justamente al lado derecho de donde se encuentra él.

—Simón —me dice—. ¿Por qué no? Sirve que te quemas todo el *show*.

—¿Qué *show*?, —me intriga.

—Ahorita vas a ver. Guacha, ahorita no hay nadie, ya todos se abrieron. No tarda en empezar el operativo, no tardan en caer los feos —se refriere a los agentes

de la Policía Federal—. Ya sabes, unos policías vienen y avisan mientras otros vienen a hacerla de pedo, como si estuvieran jalando. Es sólo para meter presión y poder cobrar su cuota. Caen a la conecta, basculean a dos tres, les meten unos putazos y se van. Puro pancho, ¿me entiendes? Nomás vienen para cagar el palo, porque el bueno ya se fue, orita se para un rato la tranza, nomás en lo que se van los *feos*.

Los federales cierran uno de los carriles de la Avenida Internacional, descienden varios agentes de los vehículos y entran a la vecindad, otros permanecen afuera de los vehículos desviando el intenso tráfico de automóviles que circula por dicha Avenida. Sus rostros cubiertos con pasamontañas, rifles de alto poder, chalecos antibalas, pistola en la cintura, portando entre sus ropas cargadores abastecidos con municiones para sus armas y algunos otros aditamentos que no logro distinguir, pero que me hacen recordar la escena de cualquier película de acción *hollywoodense*.

—Ahorita ya están basculeando a los que se quedaron —continúa el sujeto—. Quizá le encuentren una cura o una *erre* a algún *wey* y lo tienen tirado en el suelo. Mientras lo están madreando le preguntan por el *bueno*. No les interesa la raza, los locos que traen una cura o una jeringa. No, ellos quieren torcer al *bueno*, al de la *merca*, al del billete, ¿sí me entiendes? Pero se la van a pelar y sólo conseguirán que la raza les diga que no saben nada, agacharán la cabeza y dirán que sí a todo, pero hasta ahí. Ya después se irán y todo volverá a la normalidad. Así es todos los días.

Unos agentes salen de la vecindad llevando a tres individuos con las manos sobre la cabeza. Los colocan de frente, sobre los vehículos, los registran de pies a cabeza, los voltean, los obligan a arro-





dillarse mientras otro oficial les apunta con su rifle. Todo esto se lleva a cabo a la vista de un público de automovilistas que a esa hora circula por la transitada Avenida. El *espectáculo* en la entrada de la vecindad sigue su curso, mientras los oficiales que esperan afuera de los vehículos controlan el tránsito. Y todos son sospechosos. La *sospecha* es el *principal argumento* que ha dado fundamento al ejercicio del poder por parte de las autoridades policiacas y militares en contra de la sociedad, en la tan pregonada “guerra contra el narco”. También es el principal elemento que ha permitido a la ciudadanía cuestionar las decisiones tomadas a cabo desde la investidura presidencial. El operativo llega a su fin. Los *sospechosos* son dejados en libertad, después de la exhaustiva revisión, no han detenido a nadie. Sólo ha sido un *espectacular operativo*, como muchos realizados por toda la ciudad de Tijuana y como los anunciados por los medios de comunicación locales y nacionales, y que, como en la mayoría de los casos, no arrojan ningún resultado. Así, los guardianes del orden abordan sus respectivos vehículos y emprenden la marcha lentamente. Los agentes que viajan en dichas unidades policiacas clavan su mirada sobre nosotros como reafirmando su poder, conscientes de nuestra presencia.